

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1923

LUNES 20 DE AGOSTO

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

## Costa Rica, gran República

PARA muchos individuos de nuestra América Española habrá sido una sorpresa el gesto gallardo de la delegación costarricense en la actual Conferencia Panamericana de Santiago, al formular, con palabra razonadora y precisa, su proposición, ya famosa, en defensa de los fueros preteridos de las nacionalidades latinoamericanas.

Es más. Este movimiento de sorpresa debe haber tenido lugar también en tierras de yanquilandia, y me atrevo a afirmar que, de una manera relativa y, quizás, de un modo absoluto, dicho movimiento se ha operado en un número mayor de iberoamericanos que de angloamericanos. La razón de mi osadía es una: que éstos nos observan y estudian y han llegado a conocer el grado de cultura cívica, de progreso material, de potencialidad económica, temperamento, idiosincrasias y hasta la geografía e historia locales de cada uno de nuestros países, mejor que cada uno de nosotros lo referente a los demás grupos, respecto de los que nos sentimos vinculados—, según vivimos diciendo—, por sentimientos e intereses de una fraternidad conmovedora.

El desconocimiento entre latinoamericanos es un viejo postulado que ya no se discute y que sirve de base a las frecuentes lamentaciones de todo aquel que quiere apostolizar sobre los beneficios de la unión de nuestros grupos, débiles en fuerza de vivir dispersos. Este desconocimiento hace posible que circulen a veces sobre nosotros y entre nosotros mismos consejas fantásticas con patente de verídicas historias; y si a ello se suma la tendencia, que es una de las características de nuestra psiquis, a evaluar en poco o nada las virtudes propias o familiares, no es extraño que al considerar una determinada situación de cosas, morales o materiales, en alguno de nuestros países, eliminemos casi siempre, con facilidad y prontitud pasmosas, los factores o hechos que elevarían el concepto, y formemos el juicio con aquellos que lo degradan, y el juicio así formado lo mantengamos y circulemos como noticia fehaciente y no rectificable.

Recuerdo que un distinguido personaje sudamericano me afirmó en Caracas, un día cualquiera del año de 1910, que Costa Rica—, país que mi informante aseguraba haber

visitado—, era una tierra fértil y hermosa, con un clima delicioso, habitada por gente culta, y muy lindas sus mujeres; pero dominada, desgraciadamente, por una poderosa compañía frutera norteamericana, la *United Fruit Company*, que ejercía sobre los destinos políticos y económicos de la República una verdadera y avasalladora dictadura.

Y una larga década más tarde sufrí en México la sensación dolorosa de advertir repetida la calumnia, pero aquilatada mi pena porque entonces yo sabía, me constaba plenamente, que la imputación era falsa, y porque el medio de circularla era infinitamente más eficaz. Al día siguiente de mi arribo a Ciudad de México, en mi primera visita a dicha capital, el 12 de junio de 1921, se afirmaba el hecho infamante, exhibiéndolo como un argumento contra el imperialismo de los Estados Unidos, en un editorial de *El Universal*, el diario de más extensa circulación de la República mexicana.

Nada más incierto, sin embargo; y sin dejar de reconocer que la *United Fruit Company*—, única en la exportación del plátano o banano, arrendataria del Ferrocarril del Norte que une al puerto principal del Atlántico con la capital, y propietaria de la línea de navegación marítima que puede denominarse matriz con relación al comercio exterior—, representa un potentísimo elemento de la vida económica del país, pero completa, absolutamente subordinado al Poder Público, y constituido éste, en cada oportunidad, por la voluntad libérrima y soberana del pueblo costarricense.

¿Con que no se abatió la indomable autonomía nacional, fuerte por la conciencia lúcida de sus derechos, ante el colosal poderío del Gobierno de los Estados Unidos representado por Bryan en su célebre Tratado con Nicaragua, pretendiendo excluir a Costa Rica de todo concierto sobre la disposición de las aguas del río San Juan en la presunta emergencia de la apertura de un nuevo canal interoceánico, e iba a rendirse ante una mísera partícula de ese mismo poderío, que no otra cosa es la *United Fruit Company*?

En marzo de 1912 llegué a Costa Rica expulsado de Colombia y tuve al instante la visión gratisima de un núcleo indohis-

pano, ilustrado y ordenado, practicando, serena y armoniosamente, las más excelsas virtudes de la democracia. El costarricense, cualquiera que sea su condición y la esfera social en que gire, es un ciudadano pleno.

Para mi espíritu inquieto y atormentado de venezolano—, un día, muy mozo, soldado revolucionario; otro, muy joven, Ministro; y, otro, conspirador; pero, nunca, elector pacífico—, Costa Rica fué el asombro. Pero también, y simultáneamente, la satisfacción, el gozo y el orgullo, y fuente de atracción irresistible, como bajo la umbra de la arboleda frondosa el remanso de linfas diáfanas y dulces para el peregrino sediento, entristecido y fatigado.

Y me quedé en Costa Rica y soy su deudor, en prestación imperecedera, de una hospitalidad generosa y gentilísima y de un tesoro invaluable: la afirmación de mi fe en los destinos de nuestra raza. ¿Por qué, si ellos—, los costarricense—, mezcla de conquistadores y de indígenas, han logrado cristalizar la vida social en normas de equidad, de probidad, de libertad y de justicia, no hemos de alcanzarlo, con igual provecho, otros descendientes de aborígenes y colonizadores, estimulados y auxiliados por las corrientes perfeccionadoras de otras razas que vienen a diario a fundirse en el crisol de nuestros medios nacionales?

En 1912 era Presidente de la República el Licenciado Don Ricardo Jiménez, mentalidad vigorosísima, muy bien nutrida, y un carácter integérrimo. Nadie me ha fascinado tanto como este hombre de temperamento frío, de virtud rectilínea y desdeñosa, buen corazón bajo su capa de escéptico, gigante del pensamiento y la palabra. Nadie sabe, como él, quintaesenciar la idea haciéndola fulgurar con iridiscencia irresistible en la veste de la frase elegante y sobria. Su estilo enjundioso no le permite malgastar una oración, ni un vocablo. Su argumento cae sobre el adversario como un enorme mazo manejado por un titán. Pulveriza al contrincante y si alguna molécula de la masa informe pretende resistir y se agita con vida rebelde, pronto la hiela hasta inmovilizarla con el soplo de su ironía. Y este hombre extraordinario que en la Revolución Francesa habría dominado a Robespierre y en la emancipadora de las colonias inglesas de América habría estado más alto que Jefferson, fué elegido Presidente de la República por la más abrumadora mayoría de votos que registran los comicios de aquel país—,